

La iglesia en el Tercer Mundo

CARTA DE TRESCIENTOS SACERDOTES BRASILEÑOS A SUS OBISPOS

Hermanos en Cristo: Nosotros, los sacerdotes que abajo firmamos, esperando representar el pensamiento de muchos otros, nos dirigimos por la presente a los señores obispos del Brasil con el propósito de comunicarles algunas de las serias preocupaciones que afligen nuestra conciencia.

A partir del 29 de julio próximo pasado se inició el "Año de la Fe". Lo cual hace más oportuna esta carta. Honestamente, no nos sentimos leales viviéndolo y predicándolo sin comunicar a los señores obispos con espíritu de diálogo y en busca de la verdad, ciertas realidades, motivos de graves aprensiones, que son reveladoras y también testimonios de fe.

Deseamos que estas nuestras preocupaciones lleguen también a conocimiento del pueblo de Dios, por lo cual nuestra intención es divulgar esta carta por la prensa del país, luego de hacerla conocer por los señores obispos.

Superando el escepticismo, que afecta tantas veces nuestro mejor ideal, superando el conformismo que nos llevaría a emudecer y contemporizar, superando las distancias y la premura de tiempo para recolectar datos, sugerencias y temas, esta iniciativa traduce con sinceridad el pensamiento de sacerdotes decididamente comprometidos con la iglesia presente en el Brasil actual, para servir y salvar a todos.

VIDA Y FE

Nos impresiona particularmente, en cualquier lado donde vayamos y cuanto más de cerca intentamos conocer la realidad y las actitudes de las personas, que Brasil no sea esa tierra cristiana de la que acostumbramos hablar.

Sentimos que la vida de la fe, vivida y transmitida en el pasado dentro de un contexto sociológico de tipo colonial, paulatinamente se va extinguiendo con las transformaciones de ese contexto, se torna impotente para crear actitudes nuevas de fe frente a las realidades nuevas del Brasil actual.

a) SITUACIÓN DEL PUEBLO BRASILEÑO

En Brasil, todos sabemos, la mortalidad infantil asume proporciones alarmantes, sobre todo en ciertas regiones. Revelan los datos que, de mil recién nacidos mueren ciento cincuenta antes de cumplir un año de edad.

Datos de algunas capitales estatales, extraídos del análisis de Reinaldo Ramos, catedrático de técnica de salud pública en la Universidad de San Pablo:

Aracajú	1957 — 182/1.000
Belén	1959 — 138.9/1.000
Recife	1957 — 223.4/1.000
San Pablo	1959 — 63/1.000

El promedio de calorías necesarias para una vida normal es 2.700. En América Latina el promedio por habitante es 2.100 calorías; en los países desarrollados se sitúa entre 2.750 y 3.280 calorías. En el nordeste el promedio apenas alcanza a 1.700 calorías. Se estima que un tercio de la población brasileña vive en estado de hambre endémica.

El costo de la vida sube sin cesar. El estudio elaborado por el Instituto Gastao Vidigal, calculó en 43.7 por ciento la elevación en San Pablo para 1966. En Guanabara, la Fundación Getúlio Vargas estimó un alza del 41.1 por ciento. Según la investigación de DIEESE (Departamento Intersindical de Estudios Socio-Económicos) el aumento en los precios de diez artículos básicos para la economía doméstica, de enero a septiembre del 66, alcanzó a un 77 por ciento: pan, 96 por ciento; carne, 94 por ciento; arroz, 80 por ciento; porotos, 67 por ciento.

¿Y los desamparados? Son miles y miles. ¿Cómo van a conseguir calorías para una vida normal de equilibrio físico y mental? La encíclica *Populorum Progressio* comprueba: "Hoy nadie puede ignorar, que en continentes enteros son innumerables los hombres y mujeres torturados por el hambre, innumerables los niños subalimentados, a punto de morir gran parte de ellos a tierna edad y de que el crecimiento físico y el desarrollo mental de muchos otros corre peligro. Y todos sabemos qué regiones enteras están, por este mismo hecho, condenadas a la triste desesperación" (No. 45).

La mayor parte de la población rural no recibe el salario mínimo. Lo que recibe en especie no corresponde al salario. En general en el nordeste se gana 90 cruzeiros viejos por día de trabajo. La mayoría de los trabajadores urbanos tienen que vivir con el salario mínimo e incluso con menos. El salario mínimo de 1967 representa apenas un 25% sobre el de 1966, mientras que el costo de la vida, como quedó demostrado, caminó más de prisa.

Miles de personas viven con esa dura preocupación: trabajar para ganar dinero para mantener a la familia. Aceptar horas extras para ganar más. Trabajar los domingos para ganar más. Aceptar injusticias, humillaciones, para no perder el empleo. ¿Esa lucha no materializa demasiado al hambre? ¿No crea un materialismo práctico?

Entre tanto el presupuesto de 1967 destinó 1 billón 235,000 millones de cruzeiros viejos para gastos militares. 617,458 millones para educación y 232.329 millones para salud.



Las cargas fiscales del sector rural son pesadas y desproporcionadas en relación con los pocos beneficios recibidos en términos de crédito financiero.

Se ha comprobado que la casi totalidad de los que se forman gratuitamente en la enseñanza superior no ponen al servicio del pueblo la competencia adquirida, en espíritu de retribución. No obstante, las naciones consumen voluminosas sumas en gastos militares. En una investigación hecha por técnicos rusos y norteamericanos en 1961, se verificó que los gastos de armamentos y de estructuras militares se elevan a 129 mil millones de dólares, dinero suficiente para escolarizar a 250 millones de niños.

La encíclica *Populorum Progressio*, de Pascua de 1967, comprueba: "Las naciones muy industrializadas exportan sobre todo productos fabricados, mientras que las economías poco desarrolladas venden sólo productos agrícolas y materias primas. Aquéllos, gracias al progreso técnico, aumentan rápidamente de valor y encuentran un mercado satisfactorio. En cambio, los productos primarios provenientes de los países subdesarrollados, sufren grandes y repentinas variaciones de los precios, mucho antes del alza progresiva de los otros" (No. 37). "Entre las dos economías las situaciones son demasiado discordantes y las libertades reales demasiado desproporcionadas" (No. 61). "Los pueblos pobres se mantienen pobres y los ricos se hacen cada vez más ricos" (No. 57).

Según ciertos datos en el periodo 1955-1961 la caída de los precios de las exportaciones de América Latina significó una pérdida de diez mil millones de dólares. Y las previsiones para el futuro no son alentadoras. La ayuda financiera tiene un vicio: la vinculación. Estados Unidos desde 1939 tomó medidas tendientes a obligar a los países que auxiliaba, a efectuar sus compras de los suministradores norteamericanos.

Se calcula actualmente que un 80% de la ayuda norteamericana al exterior se realiza en esas condiciones. En América Latina la deuda pública externa se elevó de 4 mil millones de dólares en 1955 a 10.6 mil millones en 1964, lo cual representa un aumento promedial anual de 11.5% (*Latin American Business Highlights*, No. 1 de 1966, publicación trimestral del Chase Manhattan Bank of N. Y.)

La encíclica *Populorum Progressio*, al demostrar las ventajas del Fondo Mundial, dice: "Los países en vías de desarrollo ya no correrán el riesgo de quedar sobrecargados de divisas cuya amortización e interés absorben lo mejor de sus ganancias" (No. 54). Y agrega: "Los beneficiarios temerían menos ciertas manifestaciones denominadas neocolonialistas, disimuladas en ayuda financiera o asistencia técnica, bajo la forma de presiones políticas y dominación económica, con miras a defender o conquistar una hegemonía dominante" (No. 52).

Y aquí preguntamos: *¿Dónde está la fe?*

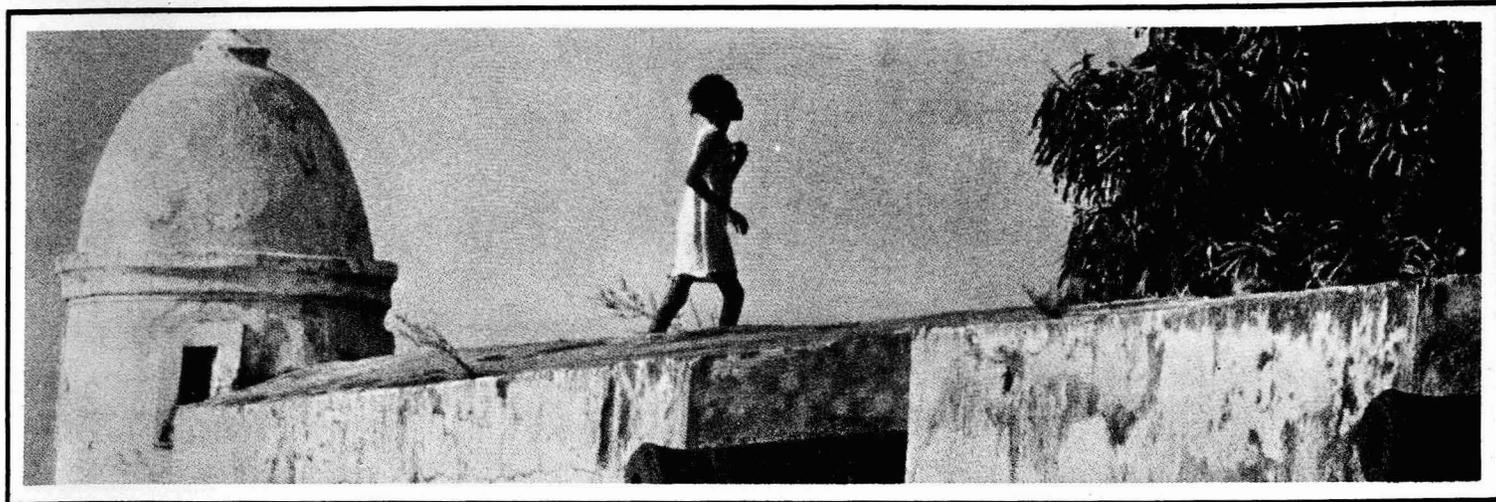
Es muy común la respuesta: "Son problemas que atañen a las empresas, a los sindicatos, a los poderes públicos. La iglesia debe permanecer en su campo religioso." Pero nosotros nos preocupamos ¿no se trata de un problema religioso también, de un problema de fe?

1. La vida es un don de Dios. Surge de un acto de amor de Dios y cada hombre nace de un acto de amor entre dos personas. Todos tienen derecho a la vida. Todos. También, y ante todo, los miles de desamparados. Para que esa vida crezca, —y Dios ordenó que creciera— se necesitan condiciones, bienes, corporales y espirituales: salud, trabajo, cultura. Está en juego un patrimonio de Dios. Hay un mandato que protege la vida. Matar a una persona es pecado y lo denunciamos, ¿pero dejar morir a millones de personas no es también pecado? ¿Y no se debe denunciar? "Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día y alguno de vosotros les dice: 'Id en paz, calentaos y saciaos', pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo ¿de qué aprovecha?" (Santiago, 2.15-16).

2. "Más vale un hombre que una oveja" (Mt., 12.12). ¿La situación de la mortalidad infantil, revela la existencia de fe en el valor de cada persona? ¿La pasividad e indiferencia de los medios cristianos frente a esto es una señal de que se cree realmente que cada persona está hecha a imagen y semejanza del Señor? ¿Qué es nuestro hermano? Evidentemente, está la perspectiva del juicio final de Mateo 25. ¿Nuestra misión, de padres y obispos, no contribuyó a agravar esa ausencia de fe? Además de ser obstáculo para las aspiraciones y los esfuerzos de liberación de muchos, lleva al descrédito el mensaje liberador del evangelio. Nadie puede permanecer indiferente a la suerte de sus hermanos sumergidos en la miseria, atormentados por la ignorancia y víctimas de la inseguridad. Como el corazón de Cristo, también el corazón del cristiano debe compadecerse de esa miseria. "Tengo compasión de este pueblo."

3. Justicia. Porque frente al aniquilamiento del hombre y de lo humano poco revelamos del "Dios justo". Del Dios que quiere justicia. Y declara bienaventurado a quien tiene hambre y sed de justicia y por ella es capaz de sufrir persecuciones (Mateo 5.6-10).

Tres militantes cristianos del medio obrero, revisando su trabajo en la lucha por la justicia, preguntaban: "¿Por qué los militantes cristianos frecuentemente son tachados de subversivos y comunistas? Y por gente de iglesia, de gran autoridad. ¿Por qué tanta prudencia de los grupos cristianos y de la oficialidad clerical en relación con los problemas obreros que claman justicia? Nadie puede negar la evidencia de los hechos. ¿Por



qué son pocos los sacerdotes que reflexionan sobre los problemas obreros y luchan por la justicia, realizan su prédica evangélica vinculada a la vida a través de hechos concretos y revelan la justicia?"

Palabras de un militante: "¿Vale la pena ser conscientes, vale la pena luchar por la justicia para que todos puedan desarrollar su don y ser cada vez más semejantes al Señor?"

b] ACTITUDES DE LA IGLESIA FRENTE A LA REALIDAD

Con esa perspectiva las personas de la iglesia, inclusive investidas de grandes responsabilidades, enfocan los problemas sociales e intentan una respuesta como deber de caridad fraterna. Se crean innumerables obras sociales y caritativas, se realizan campañas. Se estimulan, sin juicio de valor alguno, las iniciativas filantrópicas caras a las burguesías, que procuran así librarse del sentimiento de culpa y del reconocimiento de sus responsabilidades por la desigualdad entre su nivel de vida y la miseria circundante. Se procura mejorar las consecuencias sin atacar las causas. La línea de acción de la Iglesia en la práctica, es la convivencia con la brutal explotación de la población y la tentativa ilusoria de resolver casos individuales de miseria y enfermedad. Dos consecuencias altamente negativas resultan de eso:

a] Surge la necesidad de la contribución de los más ricos, de los favores de los políticos y de los gobiernos, y se pierde la libertad de palabra y de actitud. Un obispo incluso afirmó: "Estamos viviendo una hora curiosa, en que parece indecente a la gente hablar de reforma social y andamos (contra la palabra del Papa al CELAM) pidiendo permiso para hablar."

b] Como organización la iglesia pasa a asumir tareas temporales que abarcan en el mundo secularizado actual a sindicatos y a órganos gubernamentales políticos. Y la iglesia deja de apuntar a las verdaderas responsabilidades de los ciudadanos y de los dirigentes investidos de autoridad competente. Pero el problema fundamental no parece ser sólo la falta de coraje para afrontar los principios que rigen el sistema de producción capitalista y de decisión para liberar a la iglesia de los poderes económicos, sino también la falta de preparación del clero, incapaz de percibir la verdadera dimensión del problema.

Es imposible esconder la explotación de ciertas devociones populares, incluso, es triste decirlo, la de la patrona del Brasil. Las cédulas de Santa Rita de Cassia, prometiendo los milagros más imposibles, aparecen en nuestras iglesias, con la frecuencia de siempre. San Judas, cierto mes y sólo cierto día y en cierto altar que se le ha consagrado, recibe los agradecimientos generosos de los devotos, en retribución por las gracias

otorgadas, en general favores de orden material. Explotación religiosa de la aceptación fácil, por parte del pueblo, atraído por las gracias y promesas, tras el consuelo ingenuo de las iglesias llenas y las concentraciones en masa, y la ilusión igualmente ingenua de una fe viva. Explotación comercial, porque estas devociones dan buenas recaudaciones que facilitan las construcciones de santuarios e iglesias parroquiales y el mantenimiento de otras obras.

Preguntamos si eso no justifica la acusación de opio del pueblo. Comprobamos que en la juventud actual aparece un espíritu de rechazo contra todas esas formas primarias y mentirosas de la religión. Si no aplicamos correctivos, ¿tendremos fe mañana?

El espíritu que anima aspectos fundamentales de la vida del pueblo es marcadamente fatalista y conformista. Voluntad de Dios. Manera habitual con que la mayoría de los sacerdotes interpreta para el pueblo los hechos de la vida, los acontecimientos: ¿no es lo habitual nutrir esa mentalidad en lugar de combatirla?

Toda esa comercialización y sacramentalización es posible sólo porque los "devotos" ignoran el modo de actuar del Señor en relación al hombre. Ignoran que Dios actúa por causas segundas. Ignoran que el hombre es el sujeto de la historia. Que su vocación es dominar el mundo material y colocarlo al servicio del hombre. Tienen sólo una idea de un Dios paternalista que deja todo pronto y cuando no lo deja es el Dios arbitrario y vengador; si logramos dar al hombre brasileño la exacta noción de la forma de actuar de Dios, de un Dios que respeta la libertad y dignidad del hombre, y si nuestro hombre brasileño adquiere conciencia de esa dignidad y de la sensibilidad de regir los acontecimientos, sólo entonces habremos liberado a nuestros hermanos de supercherías y supersticiones. He ahí la enorme importancia del Evangelio para liberar a los hombres de todas las esclavitudes: esclavitud del medio, de inseguridad, de sentimiento de inferioridad.

Sabemos que esto está en estudio. Queremos señalar algunos puntos serios que nos inquietan. La preocupación por las construcciones es excesiva. Se da más importancia a los edificios que a las necesidades actuales de los cristianos. Compárense los gastos. Ciertos movimientos laicos luchan con sacrificio para subsistir, para promover días y semanas de estudios, encuentros regionales o nacionales, mientras se gastan millones en construcciones. En una ciudad pequeña ya se gastaron 700 millones de cruzeiros viejos en una iglesia nueva y el terreno está tasado en 170 millones. Los edificios no son símbolos de pobreza. Son gastos innecesarios, superfluos. Gastos de ostentación y de lujo. Se busca el estilo burgués, se mantiene el gusto por lo monu-



mental. En estos últimos tiempos se adquirieron dos casas para dos obispos. Cada una significó 90 millones de cruzeiros. La utilización de las propiedades, de los espacios, traduce un espíritu individualista. No se nota una dimensión social. ¡Cuántos espacios mal ocupados, desperdiciados! Pensamos a veces en la posibilidad de poner iglesias y capillas al servicio del pueblo: escuelas, cursos, etc.

Frente a esto, nosotros, sacerdotes, nos vemos obligados a preguntarnos: ¿Y nosotros, cómo vivimos la fe? Que cada uno haga su revisión personal. Pero lo que queremos decir en común se inscribe en esta perspectiva de revisión. Y por nuestro amor a la Iglesia, ese misterio de Cristo en el mundo, debemos hablar.

Lejos de la vida del pueblo, en primer lugar por la casa donde vivimos. Nivel de clase media, en cuanto a la habitación y demás comodidades, cuando, casi siempre, la mayoría de la población es más pobre. Y más que la casa, nuestro tipo de vida, de mentalidad, de educación nos separan. Aprendemos a vivir aislados y a evitar al mundo. Una falsa noción de "segregatus", vinculada a la antigua aproximación de la vida que llevaba el padre secular al ideal monástico, nos condujo al aislamiento social, a estar fuera de la vida.

Mientras tanto, en la vida real nos inclinamos más a relacionarnos con gente de la clase media y burguesa que con los trabajadores pobres. Participamos más en sus fiestas: aniversarios, almuerzos, casamientos; nos identificamos con sus problemas, aspiraciones y reacciones. Otro punto. Nos relacionamos con los más allegados a la iglesia. Nos movemos en nuestro ambiente católico, en el cual tenemos un lugar, y se nos acepta y realza. Con otros ambientes tenemos contactos superficiales, y con el prestigio social y exterior de los sacerdotes. Por esa razón esos ambientes no nos afectan y no llegan a constituir una seria interrogante para nosotros.

La vida de los hombres está marcada por los problemas de manutención de mujer e hijos, de empleo estable, de salario, de salud, de educación. Nuestra manutención, además de ser individual, no depende de una política salarial del gobierno, de luchas sindicales, de los intereses de patronos insensibles a nuestra situación económica. No tenemos profesión para el futuro, como la juventud obrera y universitaria. No vivimos las deficiencias de una enseñanza profesional que en cantidad y calidad no acompaña los avances de la técnica moderna, o de una enseñanza universitaria que no atiende las exigencias de la realidad brasileña. No vivimos los inconvenientes de las múltiples insuficiencias de las organizaciones temporales. Por eso, permanecemos alejados y no entendemos la lucha del campesinado, del trabajador obrero, del universitario y con gran desenfado lanzamos opiniones. ¿No será ésa la razón por la cual aceptamos

tan pacíficamente la violencia, la opresión, el clima de guerra, en fin, el capitalismo y feudalismo nacionales?

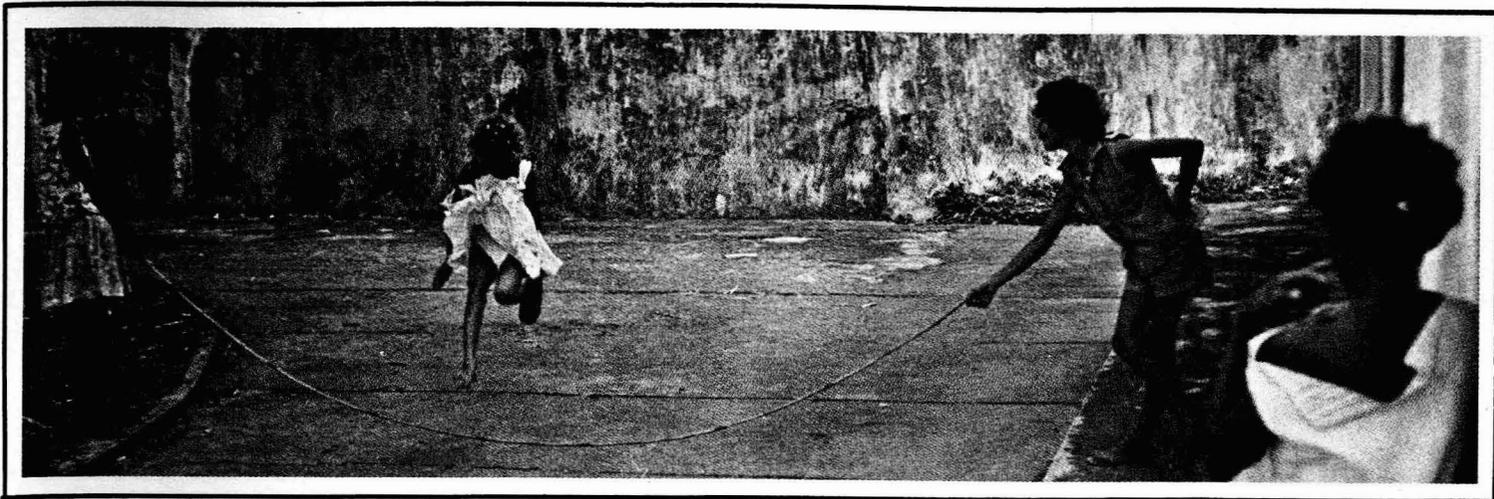
El sacerdote aparece casi exclusivamente como hombre oculto. Sobre todo como distribuidor de sacramentos. Ahí está para celebrar misas, bautizar, casar, enterrar, confesar, promover pascuas, novenas, bendecir. El pueblo se procura eso. La vida parroquial se organiza bajo esa perspectiva. La manutención, los papeles, las construcciones, pesan. Cuando se crea una nueva parroquia se implanta el mismo esquema: es un nuevo centro de servicios religiosos. No existe el respeto por las etapas de formación de la nueva comunidad, como prescribe el capítulo II de la "Actividad Misionera de la Iglesia".

La renovación actual alcanza sin duda a la liturgia. Son más preocupaciones, más tiempo, más energías, más recursos dirigidos a actualizar la pastoral sacramental. Son necesidades. Entre tanto, ¿cuándo habrá tiempo para evangelizar? ¿Para escapar a esa poderosa estructura parroquial? ¿No es la tarea primordial de la iglesia en el Brasil, evangelizar?

Está ahí presente y vivo entre otros el espíritu de adoctrinamiento. ¿Cuántos obispos afirmaron ya en asambleas, reuniones, por la prensa, que la necesidad religiosa primordial del pueblo es la instrucción religiosa? ¿Qué instrucción religiosa?

En todo Brasil hay cursos para sacerdotes, religiosas y laicos. Notamos la misma perspectiva: estudio de principios, tesis conciliares. Los cursos bíblicos y de liturgia siempre parten de la propia Biblia y de la propia liturgia. Siempre realidades internas en la iglesia. No se parte de los problemas de la vida y de las necesidades espirituales del hombre. Nos preocupan ciertos condicionamientos que sufren los sacerdotes y los futuros sacerdotes, a causa de las deficiencias actuales. Por ejemplo, la insuficiente encarnación en la vida de los estudios teológicos dificulta una mayor sensibilidad para descubrir y profundizar los valores teológicos de la vida cotidiana en el mundo. En el mundo del trabajo, ¿qué posibilidades tenemos de explicar la teología del trabajo, el misterio de la creación del trabajo, el misterio de la redención social, las exigencias morales de justicia en países subdesarrollados?

Cuando provocamos reuniones de comunidades cristianas, casi nunca dialogamos sobre la vida terrestre, casi nunca profundizamos los acontecimientos de los hombres a la luz del espíritu evangélico. De las últimas reuniones del episcopado, tenemos la sensación profunda y sería de una iglesia que no entra en la vida cotidiana de los hombres y del mundo actual. Tenemos la convicción de estar tristemente viviendo lo que el concilio condena: "Esta separación entre la fe profesada y la vida cotidiana de muchos, debe ser considerada uno de los dos errores más graves de nuestro tiempo" (I... M. No. 43). La



Declaración de la Anunciación, que establece las líneas generales del "Año de la Fe" no contempla la perspectiva de adoctrinamiento. ¿Eucaristía, pecado original, Inmaculada Concepción, en los términos y con el espíritu que fueron expresados, son realmente los graves problemas de la fe, actualmente, en Brasil? Sinceramente, creemos que no.

Comprobamos que las líneas principales de la Pastoral Renovada van de arriba a abajo, están prontas. No hay elaboración y revisión de planes ni efectiva emancipación, ni la efectiva participación de los padres que ejercen la pastoral en la base, en contacto directo con el pueblo. ¿Qué obispo conversa de verdad con sus sacerdotes sobre temas a tratar y decisiones a tomar en asambleas nacionales o regionales? ¿Quién oye sus necesidades, aspiraciones y sugerencias? Hay muchos sacerdotes que desean hablar, pero no se les da oportunidad ni plena libertad. ¿Por qué esa dificultad para escuchar? "El buen pastor conoce a sus ovejas." No se estimulan iniciativas, ni experiencias nuevas y mucho menos originales. No se favorece el espíritu de búsqueda. Todo está predeterminado. Hay más ejecutores que creadores. Somos objetos de la Pastoral en lugar de sujetos. Se cree en la fuerza de las estructuras bien montadas, y no en la acción creadora del espíritu y de los carismas. ¿Por qué tantos juicios apresurados y sumarios sobre ciertas iniciativas y ciertas personas realmente de vanguardia? ¿No serán acaso anhelos evangélicos que los esquemas preestablecidos y discutibles impiden crecer, fomentar y fermentar?

Tampoco se nos escapa la percepción del hecho que los señores obispos esperan las decisiones de la cumbre, de las autoridades romanas, y no asumen con mayor sentido de autonomía y responsabilidad colectiva los rumbos de la iglesia del Brasil. Respecto a la participación de los laicos en la planificación, estamos lejos de lograrla y, no obstante, es una necesidad.

La fe es la adhesión personal de la vida como respuesta al don de Dios. Y por eso, al terminar esta carta, y al ver las limitaciones de nuestra respuesta al mundo actual, queremos manifestar a los señores obispos, algunos compromisos que nos parecen esenciales:

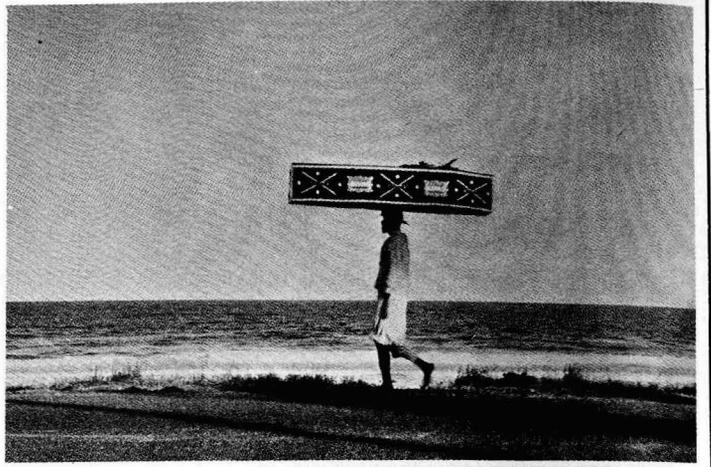
Personalmente, sentimos la necesidad de una vida sacramental auténtica y purificada, antes de convertirnos en ministros de los sacramentos. Por ese esfuerzo personal tenemos derecho a ser exigentes para acabar con el "distributismo sacramental". En ese sentido pedimos tres medidas: que se apoyen y aceleren los trabajos y estudios de las comisiones litúrgicas, nacionales, regionales y diocesanas, cuyo objetivo es la renovación de la pastoral de iniciación: que las comisiones litúrgicas busquen una renovación auscultando la vida del pueblo: realidad del trabajo, las acciones de lucha por la justicia, la participación de las

organizaciones de barrios, etc. Porque toda la vida puede ser "hostias espirituales gratas al Señor por Jesucristo". (1 PND 2.5) y debe estar animada por los misterios litúrgicos. Que los sacramentos sean administrados sin contraprestación alguna. Que no se cobren contribuciones por las misas.

A la luz de las acciones de Cristo, de la mejor tradición misionera y del Concilio, descubrimos que evangelizar no es sólo predicar y catequizar. Toda evangelización tiene que tener en cuenta la realidad de los hombres a que se destina. Partir de ella, partir de los problemas, de las necesidades, de las aspiraciones y de las exigencias de los hombres. Y allí revelar, vivir y desarrollar los valores evangélicos, sobre todo el Sermón de la Montaña y el capítulo xxv de Mateo. Revelar con palabras, y explicitar o testimoniar con hechos cuando sea posible. Lo cual se traduce para nosotros en algunas exigencias o compromisos básicos.

Una característica fundamental de nuestro compromiso es ser más sensibles a los valores que encontramos en medio del pueblo y que nos conduce a lograr una presencia efectiva en las grandes preocupaciones de la vida obrera y universitaria: injusticias salariales, inseguridad de la familia obrera, línea ideológica. Para "procurar discernir las señales verdaderas de la presencia de los designios del Señor con todos sus llamados" (I No. 11). Acertar que las personas nos pueden ayudar y nos ayudan de hecho, es decir, que también recibimos educación en medio del pueblo y que él es nuestro educador.

Consideramos nuestro deber ejercer en la actualidad con más frecuencia nuestro papel de profetas. Debemos desarrollarnos en conciencia y acción profética. El profeta por encima de todo expone doctrinas, pero crea. Sensible a su tiempo, a la vida que lo rodea, a los acontecimientos, penetra los designios y juicios del Señor sobre su tiempo y los revela a los hombres. Ve los hechos de nuestra vida, nuestras actitudes como personas, nuestros acontecimientos, pequeños y grandes, como señales de fidelidad o infidelidad al espíritu de Dios creador y redentor, al espíritu evangélico, ya sea dentro de la comunidad de los hombres, ya sea en el propio interior de la Iglesia. Pablo VI, al publicar su carta sobre el desarrollo de los pobres, tomó una actitud profética. El documento conciliar "La iglesia en el mundo actual" tiene el signo del profetismo. ¿Esa realidad clamorosa de nuestro pueblo no exige de los sacerdotes y obispos, más actitudes proféticas? Entendemos que sí. Consideramos un derecho y un deber denunciar como señales del mal y del pecado la injusticia salarial, las privaciones del pan cotidiano, la explotación del pobre y de la nación, la opresión de la libertad. Sobre esto muchas veces nos equivocamos, porque la mayoría lo considera una actitud política. ¿Pero el gesto profético de



Cristo, de fidelidad a la verdad, no supone una inevitable implicación política?

Frente a hombres que dan un valor excesivo a la propiedad, al poder, al prestigio social, a costa casi siempre de la miseria, de la esclavitud y humillación de los más, queremos comprometernos de esta manera: (sacerdotes y obispos) vivir como el común del pueblo; hacer más sencillas nuestras casas y los lugares de reunión de la comunidad (iglesias); participar en la vida del pueblo, no como autoridad, sino como hombres y como cristianos, sin aceptar privilegios y exoneraciones; desvincularnos de los poderes económicos y políticos, comenzando por nuestras pequeñas organizaciones parroquiales, hasta llegar al plano nacional; rever nuestras fuentes de sustento. La comunidad cristiana debe tener lo esencial, pero no lo superfluo ni un nivel de vida superior al de la población; estudiar las posibilidades de trabajo como medio de sustento para sacerdotes y obispos. El trabajo manual aparece como aspecto esencial de la pobreza actual, es una necesidad para evangelizar el medio obrero y para fomentar y acrecer la experiencia de los sacerdotes en el trabajo; debe ser asumido como misión por la jerarquía.

Que se busquen con más urgencia otras estructuras pastorales y no únicamente las parroquias territoriales; que se de valor y urgencia a un ambiente pastoral. Si partimos de la vida, no es la misma en los diversos medios en los cuales viven los hombres. Nos comprometemos a estimular y pedimos que los señores obispos estimulen y apoyen las organizaciones o comunidades que realicen este tipo de pastoral y con designios predominantemente misioneros y evangélicos. Que se designe y se estimule a sacerdotes para ese trabajo.

El lego debe ser aceptado en su vocación divina específica: "Iluminar y ordenar las cosas temporales" ("Luz de los Pueblos, 31"). Comprobamos, también, que muchos sacerdotes y obispos, incluso después del concilio, no sólo no estimulan el desarrollo de un laicado que asuma con autonomía y responsabilidad propias de misión específica, sino que crean obstáculos con sus actitudes. Como por ejemplo: aceptando en declaraciones públicas acusaciones de subversión o comunismo que pesan y pesan aún sobre muchos militantes laicos. Los laicos ya están viviendo la introducción en la vida de los valores evangélicos y están testimoniando a Cristo. A veces gastamos más tiempo y energía en criticarlos y en condenar su actuación temporal que en revelar el evangelio por ellos vivido. Pablo VI nos recuerda: "Pertenece a los laicos, por sus libres iniciativas y sin esperar pasivamente órdenes y directivas, embeber de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida." (D. O. No. 31). Sean los

laicos, pues, sujetos de la pastoral también, y no menos objetos y ejecutores. Hay un terreno que les pertenece. No nos corresponde decidir por ellos.

Todos acreditamos el valor escatológico y la necesidad actual de la cantidad escogida y asumida. Y hay quienes están decididos, cualesquiera que sean las modificaciones canónicas, a permanecer en el celibato. Pero pedimos con insistencia que puedan ser llamados a la ordenación sacerdotal, en función de las necesidades eucarísticas de las comunidades existentes o en creación, hombres casados de esa comunidad, especialmente para los obreros y sin que necesiten una cultura clásica. Los cristianos tienen derecho a recibir la palabra de Dios y los sacramentos. Experimentamos que en varios continentes, principalmente en América Latina, no hay suficiente vocación por el celibato. ¿No ha llegado la hora de encontrar la solución: ordenar casados? Hay padres que dejaron el ministerio hace mucho tiempo y no han pedido ni van a pedir la laicización. ¿No ha llegado la hora de pensar en una amnistía general sin proceso para todos ellos, con un gran espíritu de reparación: que se realice una consulta discreta a todos los sacerdotes del Brasil sobre el problema, del que se puede y no se debe escapar?

Al terminar esta carta, queremos expresar nuestro sentimiento de confianza en los señores obispos. Esperamos que sean sensibles de verdad a nuestras dificultades y aspiraciones, que nos apoyen en este espíritu de búsqueda y de vivir mejor nuestra fe. [Siguen trescientas firmas.]

